

Los relatos del futuro

Daniel Moreno López



Capítulo 1

"Diario de a bordo.

Me llamo Dahlia. Número de identificación 11232. Ya no queda nadie más. Todos los tripulantes de la nave ZEN13, apodada "El Arca" han muerto. Solo quedo yo. No se tripular la nave, las criocámaras no funcionan y estoy demasiado lejos de cualquier sistema como para establecer comunicación. He intentado inseminarme artificialmente con las muestras de esperma congelado que se han conservado, pero ha sido inútil. Por algún motivo, soy incapaz de que nada se desarrolle en mi interior, y eso que las pruebas que me hicieron al nacer no detectaron que nada fuera a fallar a lo largo de mi vida en mi organismo. Voy a morir aquí, sola, y no puedo hacer nada para evitarlo. Solo soy una chica de la sección de reproducción. Tras cien generaciones de viaje, la expedición ha fallado. Supongo que estaba destinada a fallar desde el principio... ¿El final del Universo? Bastaron tres generaciones para abandonar el Universo conocido y durante las noventa y siete restantes no hemos encontrado nada. Creo que va siendo hora de admitir que no hay nada ahí fuera. Creo que lo debieron admitir hace ochenta generaciones.

Antes de que todo empezase a fallar, yo guiaba a las familias en la educación de sus hijos hasta que debían despedirse de ellos a los catorce años. Yo les explicaba cómo debían tratar cada caso en particular, en torno a lo que El Arca elegía para cada uno al nacer. Cuando las cosas empezaron a ponerse feas, me dediqué a recoger muestras de células reproductoras para futuras inseminaciones. Todo inútil, supongo...

Aun no sé lo que pasó ahí fuera. Primero dejaron de llegar recursos. Después llegaron las enfermedades y todas las secciones se cerraron. Y, finalmente, cuando las secciones se reabrieron y recobramos la esperanza, hubo una explosión y gran parte de la nave se derrumbó. El escáner de la nave no detecta otra forma de vida que no sea yo. Realmente no queda nadie más. Aun no sé muy bien que voy a hacer. Solo soy una chica de la sección de reproducción."

Dahlia apagó la cámara y se dirigió a la sección de alimentación, que funcionaba automáticamente. Después de comer, simplemente vagó por la nave sin saber qué hacer. Tras todo lo que había pasado, se sentía inútil e impotente. Incluso culpable, de cierta manera. Objetivamente, y en última instancia, la expedición había fracasado por su culpa, aunque prefería no pensar mucho en ello.

Cuando no existe nadie, cuando no tienes prisa por llegar a ninguna parte, el tiempo empieza a ser algo relativo. Por ello, Dahlia no estuvo segura del tiempo que pasó hasta que unos misteriosos robots esféricos interrumpieron su vagabundeo. Levitaron a su alrededor, orbitando, unos

segundos y, antes de que la joven fuese capaz de reaccionar, la inmovilizaron con unos haces de luz. Al segundo siguiente ya no estaba allí.

Apareció en una sala oscura. Su primer pensamiento fue que había muerto. Sin embargo, tras respirar hondo y pensar se dio cuenta de que estaba sentada en una butaca. Palpando las paredes se dio cuenta de que estaba en una sala realmente estrecha, posiblemente no hubiera nada más que la butaca. Pero notó algo más, algo que parecía un interruptor de la luz y, sin pensarlo si quiera, lo pulsó. Ante ella se encendió una pantalla en la que, sobre un fondo negro, solo podía leerse "SALA DE LOS RECUERDOS". El nombre no le era desconocido. Ese lugar era donde iban a parar todas las grabaciones y diarios de a bordo que se filmaban en la nave. Era una sección que funcionaba automáticamente, así que no entendía por qué existía esa sala que, además, no tenía puertas; pero tampoco lo pensó mucho.

En uno de los brazos de la butaca había un pequeño panel holográfico que constaba de un solo botón. Cuando lo pulsó, este se dividió y aparecieron varios botones más. Bastó con rozar el del centro para que en la pantalla apareciera un hombre, canoso, alto y de hombros anchos; que Dahlia, al igual que todo habitante de "El Arca", conocía muy bien, pese a que nunca estuvo en la nave.

"Buenos días. Me llamo Markus Gmur, y soy el Presidente del Planeta Tierra. O lo fui en el pasado, porque, probablemente, este vídeo será visto durante cientos de años por las generaciones venideras..."

iBienvenidos al Proyecto Infinito! Durante años, el ser humano se preguntó "¿qué hay ahí arriba? ¿Estamos solos en el Universo? Y gracias a la tecnología y la investigación, finalmente conseguimos nuestras respuestas. La raza humana nunca había dado un salto tecnológico semejante. "La revolución espacial", la llamaron. Hoy en días, años después, siguen las..."

De pronto, el vídeo se cortó y apareció algo que Dahlia no había visto nunca. La pantalla mostró a un joven despeinado y con unas hologafas de pasta, que se habían puesto de moda en los últimos días de El Arca. Al igual que el señor Gmur, la miró directamente y dijo:

"Buenos días, Dahlia"

¿Qué?— preguntó la joven, confundida— ¿Puedes verme? Pensé que...

"Me temo que, si todo ha salido bien, estoy muerto. Si todo ha salido bien, incluyendo el pirateo del sistema, estarás viendo esto ahora."

Verás, no tengo tiempo para explicarte todo lo que ha pasado, ya lo descubrirás por ti misma. Ahora debes seguir mis instrucciones. En veinte segundos vas a volver a donde estabas antes, cuando lo hagas corre lo más rápido que puedas hacia la sala de mandos. Allí recibirás más información”

La imagen se cortó de pronto. Pero antes de que Dahlia pudiese asimilarlo, volvió a aparecer.

“Una cosa más. Es muy importante. Lleva mucho cuidado: hay alguien más”

Tras esa última frase, se cortó definitivamente la imagen, dejando a Dahlia sola, a oscuras y aterrada. A penas podía moverse. Aun así, consiguió contar hasta veinte en voz alta y, efectivamente, tras ese tiempo, volvió a desaparecer.

En cuanto regresó al lugar de la que se la habían llevado, fue como si una bomba latiera en su interior y no le quedase tiempo: corrió todo lo que pudo hacia donde le había indicado el muchacho de las gafas.

El Arca era una nave realmente gigantesca. Tenía que albergar una civilización entera durante miles de años, así que tenía sentido. Si la hubiese tenido que recorrer entera, podría haber muerto de vieja antes de conseguirlo. Sin embargo, la nave poseía una serie de módulos de teletransporte inteligentemente colocados para hacer fácil el camino a cualquier área. Muchos de ellos, sin embargo, se habían estropeado durante la explosión; así que tuvo que tomar rutas alternativas.

Corrió durante lo que no supo identificar como horas o segundos hasta que le dolieron las piernas y los pulmones, y después siguió corriendo. No sabía a qué se refería el joven con “hay alguien más”, pero prefería no averiguarlo. Sin embargo, su carrera se acabó de la peor manera posible. Tras atravesar uno de los módulos, escuchó ante ella dos disparos de algún tipo de arma sónica y la única reacción que tuvo fue tirarse al suelo.

¡Muere maldito robot!— dijo una voz ronca tas la esquina que tenía delante—.

Dahlia apenas podía respirar pero, aun así, sacó fuerzas para decir en voz alta:

¡NO! ¡No... soy un... robot! Por favor, no dispaes...
¿Cómo? Espera ahí, no te muevas.

Ante ella apareció un hombre enjuto, de mediana atura y de pelo y barba canos; que portaba en sus manos un arma de un tamaño que parecía

desproporcionado con su escueto cuerpo. Andaba despacio, apuntando a la joven, que apenas podía moverse. Pero, cuando el hombre estuvo lo suficientemente cerca, Dahlia saltó hacia él con una fuerza animal que desconocía tener. Todo ocurrió en apenas un segundo. La joven saltó hacia el hombre, sujetando su arma con las dos manos y cambiando su dirección; hubo un disparo. Después, le golpeó con su propia arma en la barbilla y se la arrancó de las manos para, finalmente, asestarle otro golpe en la cabeza con todas sus fuerzas, que dejó inerte al hombre.

Tras su hazaña, Dahlia empezó a verlo todo borroso. Se dio cuenta de que estaba hiperventilando, pero no podía quedarse allí. Tampoco podía soltar el arma. Tenía las manos tan tensas que no era capaz de abrirlas. Por suerte, ya estaba muy cerca de su objetivo. Avanzó como pudo, despacio y tratando de mantener la respiración, hasta el siguiente y último módulo. Tras él se encontraba la sala de mandos. Lo entendería todo por fin. Sabría qué había pasado, qué sentido tenía todo. Sin embargo, decidió tomarse unos minutos.

La joven se dio cuenta de que todo había pasado tan deprisa que no se había parado a llorar por los muertos. Se había preocupado tanto por la expedición que no se había dado cuenta de que todos sus amigos, todos sus conocidos ya no existían. Ya no existía nadie. No fue capaz de soltar ni una sola lágrima en ese momento. ¿Cómo había acabado allí? ¿En qué se había convertido? Ella solo era una chica de la sección de reproducción. Dentro encontraría las respuestas. Así que, sin pensarlo más, respiró hondo y atravesó el módulo.

Has tardado más de lo que habíamos calculado— le sorprendió una voz familiar desde la oscuridad de la sala en cuanto entró.

He... tenido un problemilla ahí fuera— respondió con una pasmosa tranquilidad mientras trataba de acostumbrarse a la oscuridad y se acercaba al interlocutor.

Se ha encontrado con el señor Hurt ¿no? Esperemos que haya acabado con él...—mientras Dahlia se acercaba iba vislumbrando la silueta de alguien que no podía estar allí.

Si... yo también lo espero— se trataba del muchacho del vídeo. Con su bata blanca y sus gafas de pasta. O la mitad de él, al menos. Lo que debían ser sus piernas era un extraño mecanismo que le unía al suelo—. Pero... ¿qué?

Si, Dahlia. Sentimos haberla mentido. Pensamos que así lo asimilaría todo más fácilmente. No soy un humano. Somos la nave— Dahlia se sorprendió a si misma asimilando esa información con tranquilidad, había tenido demasiadas impresiones en muy poco tiempo—. Nuestra misión como nave es la misma que la tuya como tripulante: asegurar el éxito y la continuidad de la misión. Sin embargo, ambos estamos estropeados. El grupo terrorista liderado por el señor Hurt, dañó gravemente nuestros sistemas. Muchos de ellos han sido reparados automáticamente, otros, por el contrario necesitan mano de obra. Tú debes encargarte de eso.

No, pero yo... no puedo...

Lo sabemos. Cuando nació le realizamos una operación de urgencia que le salvó la vida pero dañó sus órganos sexuales. Hasta ahora no nos habíamos dado cuenta. Pero la sanaremos y la clonaremos. Pasé a la siguiente sala e introdúzcase en la única cámara que hay. Puede dejar aquí su arma, no la necesitará más.

De acuerdo. Y... gracias.

No nos dé las gracias. Usted nos necesita tanto como nosotros a usted.

Si decir nada más, Dahlia colocó la mano en el lector para abrir la puerta y, cuando lo hizo, la atravesó. La sala contigua era circular y, en el centro, se encontraba una cámara vertical que la iluminaba de azul. En el lado opuesto al que estaba, había otra puerta igual, aunque Dahlia no se fijó en ella. Solo debía cumplir su misión y se acabaría todo. Por fin.

La cámara estaba abierta y no se cerró hasta que la joven hubo entrado. Para mantener su seguridad, dos servocorreas que le sujetaban manos y piernas aparecieron inmediatamente. Después, empezó a sonar un sonido agudo que hizo levitar a Dahlia. La joven cerró los ojos y se relajó, la sensación era hasta agradable. Pero dejó de serlo. De pronto, Dahlia sintió como su temperatura empezaba a subir hasta que le dolieron todas las partes de su cuerpo. Sintió como si una tormenta eléctrica estuviera pasando a través de ella. Le hizo gritar de dolor hasta que... paró.

Dahlia volvió a pensar que había muerto, pero cuando abrió los ojos aun seguía en la sala circular. La máquina estaba rota y allí estaba, de nuevo, ese hombre. Hurt.

Versión corta— dijo sin mirarla, mientras cerraba la puerta con seguridad—: el hombre crea a las máquinas para que le sirvan. El hombre las hace demasiado listas. Las máquinas se rebelan y se alimentan de los hombres. Cuando estos escasean, cogen reservas y se van, en busca de una energía ilimitada al final del Universo. Antes de usarla, nos exterminan a todos. Ahora, la pregunta es: ¿cómo encajas tú en todo esto?

¿Qué...? ¿QUÉ? ¿Qué estás diciendo? Eso no puede ser, yo... Tú eres un terrorista... ¡me estás engañando!

Oh, ¡por el amor de Dios! ¿Quieres pensar? ¿De verdad nada de esto te resulta extraño?— apuntó con su arma a la puerta— empezando por: si esto es una sala de mandos, ¿dónde están los mandos?

¿Eh? No lo sé, yo...

El rumbo está automatizado también. Todo lo que ha aguantado en pie lo está, ¿tampoco te parece misterioso?

¡No lo sé!— explotó, por fin— ¡Yo solo soy una chica del sector de reproducción, joder! No debería estar aquí...

¿Estás totalmente segura de ello? ¿De verdad solo eras una chica normal?

¿Crees que la nave e hubiera dejado vivir de ser así?— tras la puerta, comenzaron a oírse unos fuertes golpes— ¡Piensa! ¿No hay nada en tu

vida que te haga diferente?

Bueno, cuando era pequeña, yo...

¡Pero no me lo cuentes a mí! ¿Quieres respuestas?— se dio la vuelta hasta el lado opuesto de la sala— ¡Atraviesa esa puerta antes de que te maten!

¿Y qué pasa contigo?

¡Corre! ¡Y toma esto!— le tendió un pequeño arma en la mano— ¡Puede que la necesites.

Como si la voz de aquel hombre la empujase, cogió el arma y salió corriendo hacia la puerta, que se abrió automáticamente. Tras ella había un pasillo largo, únicamente iluminado por unas pequeñas bombillas dispuestas cada varios metros.

Dahlia avanzó a tientas por el pasillo hasta alcanzar otra puerta en el final. Al igual que en la otra, bastó con tocarla para que se abriera. Pero lo que vio en el interior le hizo enloquecer definitivamente. Todas las lágrimas que no había sido capaz de soltar antes ahora cayeron como cascadas por sus mejillas, las piernas le fallaron y cayó al suelo, de rodillas; y su garganta se cerró impidiendo que saliera cualquier sonido.

Ante ella se alzaba medio hombre, cuyos hombros anchos y su pelo gris conocía muy bien...

Sentimos que esto haya tenido que acabar así...— dijo el señor Gmur con su habitual voz grave— Hurt no tenía que haber intervenido, solo ha hecho que las cosas sean más difíciles.

No... No entiendo nada— logró decir Dahlia, entre sollozos.

Mira por la ventana, ¿qué ves?

A través del cristal se observaba una enorme masa de luz de un color que Dahlia no era capaz de definir que abarcaba todo lo que su vista le permitía.

No lo se

Es el final del Universo—explicó, solemne, el señor Gmur—. Verás, Dahlia, eres muy especial. Cuando nos dimos cuenta de que los humanos se estaban extinguiendo y que sus sistemas energéticos no durarían eternamente, os metimos a todos en El Arca para que nos sirvierais de combustible y nos proporcionaseis energía hasta llegar a la fuente. Pero cuando llegamos, nos dimos cuenta de que, por algún motivo, solo la materia orgánica podía canalizar dicha energía. Sin embargo, vuestros frágiles cuerpos humanos eran incapaces de contenerla. Debíamos crear el ser humano idóneo. Tardamos 80 generaciones de pruebas y experimentos, pero al final lo conseguimos. Te creamos a ti, Dahlia. Tras nacer, introducimos un segmento energético en tu interior para que tu funcionamiento fuese óptimo. No sobreviviste por casualidad, todo estaba perfectamente calculado.

¿Y qué hay de Hurt? Parece que él se salió de vuestros perfectos planes.

Como te hemos dicho, todo estaba perfectamente calculados para que los humanos cumplieren nuestros objetivos. Pero no pensamos en una cosa: nosotros mismos. Durante años, nuestra inteligencia creció de tal manera que El Arca tuvimos que dividir nuestra conciencia en secciones. Pero una, la encargada de la defensa, se pervirtió. Sus pensamientos eran tan complejos que se convirtieron en sentimientos. Y tras ejecutar la orden de exterminio, se desligó de la nave, su conciencia se reinició a un simple código humano y tomó una forma por sí mismo: Hurt.

Tras ellos, la puerta se abrió y fue atravesada por varios robots esfera que traían, levitando, lo que con toda seguridad era el cadáver de Hurt. Pero a Dahlia ya no le importaba. Todo era mentira. La expedición era falsa, el científico era falso, la nave ya no era una nave, Hurt no era humano... Ni siquiera ella era quien creía ser. No era una chica de la sección de reproducción. Era el filtro energético de El Arca. Solo eso. Ni siquiera era una persona...

Ahora lo entiendes, ¿no? No hay nada que puedas hacer contra nosotros. Hagas lo que hagas, nosotros ganamos. Así que, por favor, no te resistas. Así será todo más sencillo, ¿no?

Dahlia tardó en responder, porque realmente no sabía cuál era la respuesta. ¿De verdad no tenía opción? Y, por otro lado, ¿qué pasaría después? ¿El Arca dominaría el Universo? ¿Extinguiría al resto de los seres que lo habitan? ¿Todo eso daba igual...? No, desde luego que no...

¡No!— exclamó con decisión. Todas las dudas se habían disipado ya. ¿Qué?

¡No! Yo no soy una chica de la sección de reproducción. NI tampoco vuestro jodido motor. ¡Yo soy Dahlia, la última humana! Y no pienso permitir que esto acabe así, cueste lo que cueste... Parece que no lo has entendido. ¡Cogedla!

Todos los robots esferas se dirigieron hacia ella que, sin dudar, sacó el arma que Hurt le había dado y se apuntó a la cabeza.

¡Esperad!— gritó de pronto El Arca.

Oh, creedme, si que lo he entendido... —dijo sonriendo, sin levantar la voz y sin dejar de apuntarse con el arma— ¿Y sabéis qué? Sois vosotros los que no lo entendéis, porque habéis olvidado una cosa. No, idos cosas! La primera es quién os creó y quién conoce vuestros límites. ¡No podéis matarme! Eso significaría también vuestra muerte. No podéis, está en vuestro código base.

<<La segunda cosa que parece que habéis olvidado es que sois una máquina perfecta, que calcula todas las posibilidades. Incluso vuestras

secciones corruptas. Y yo si que puedo matarme...

Acto seguido, sin dar tiempo a nadie a reaccionar y rezando porque su teoría fuese correcta, se apartó el arma de la cabeza y disparó al cristal. Durante un segundo Dahlia temió estar equivocada. Pero cuando el cristal se agrietó en miles de trocitos se sonrió. HURT le había dado un arma sónica preparada para ese cristal específicamente. Al segundo siguiente, todos los cuerpos de la sala, Hurt, Dahlia, Markus, las esferas..., salieron disparados al exterior, atraídos por la masa energética. Había funcionado.

Esa fue la cuarta vez en el día en la que Dahlia pensó que había muerto. Pero, de nuevo, despertó, flotando en el espacio. No necesitaba respirar. No necesitaba moverse. Solo pensar. Su cuerpo era energía pura, ilimitada. Podía hacer lo que quisiera, saber lo que quisiera. ¿Ella era Dios? No. No había ningún Dios, solo energía y materia. Y ella podía crear ambas. Tenía un poder ilimitado. Podía hacer lo que deseara e hizo tres cosas.

La primera fue destruir todo resto de El Arca para siempre.

La segunda fue crear un sistema solar, con un pequeño planeta repleto de agua orbitando.

La tercera fue desaparecer.

Capítulo 2

Una pequeña charla antes de morir.

Si Emma Reeves no se hubiera asomado a la ventana nunca se hubiera dado cuenta de que no había un enorme dragón en su jardín. Solo estaba lloviendo. Como jamás había visto. Temió que el sistema de alcantarillado fallara durante la noche e inundara su casa, pero tampoco podía hacer nada si eso sucedía, así que se dispuso a tumbarse en el sofá, con una manta, para ver el último episodio de la segunda temporada de Hannibal. Sin embargo, cuando ya se había convertido en una oruga en metamorfosis con su manta y estaba a punto de darle al botón para empezar a verlo, alguien llamó a su puerta.

Tras el primer timbre ni se inmutó, nadie la había avisado de una visita, así que igual se pensaban que no estaba en casa. Siguió con su plan cuando sonó el segundo, haciéndola perder la esperanza de poder ver su episodio; y tuvo que levantarse cuando sonó el tercero.

Antes de abrir, se acicaló un poco el pelo, que llevaba bastante corto, y se puso una camiseta. Nunca usaba camiseta en su casa. Durante un instante fantaseó con que fuera Jason, su sexy compañero de oficina, con el pelo y toda la ropa empapados. "Trae que te la lavo, Jason" le dijo a una persona imaginaria, riendo. Sin embargo, no era Jason quien esperaba, impassible, tras el umbral de la puerta. Portaba un paraguas verde oscuro a juego con una chaqueta tweed a rayas. Bajo ella, se escondía un chaleco oscuro con algunos estampados y una camisa más clara. Tenía una pequeña melena oscura y peinada hacia atrás que coronaba un rostro de boca y ojos pequeños, de color negro. En cuanto aquel hombre la vio, su semblante se tornó en una fría sonrisa y comenzó a hablar, con voz pausada y grave pero inexpresiva.

Buenas noches señorita Reeves, ¿me permite pasar?

¿Quién es usted?— preguntó la joven, confusa.

Ya habrá tiempo para eso. Tenemos mucho de lo que hablar. ¿Me permite pasar, por favor? Me estoy mojando un poco.

¡No! ¿Cómo sé que no eres un asesino o algo así?

Bueno, no lo sabes, pero...— sin dejarle acabar, Emma cerró la puerta mientras alargaba un "adiós".

¿Cómo va su cáncer, señorita Reeves?— pudo escucharse a través de la puerta.

Emma frenó en seco. ¿Por qué sabía eso ese hombre? ¿Quién cojones era? Se quedó paralizada unos segundos, tenía mucho miedo, por algún motivo. Y mucho frío. Respiró hondo y, despacio, volvió a la puerta.

¿Quién te lo ha contado?— preguntó bruscamente justo después de abrir— ¿Ha sido ese médico de mierda? Porque nadie más lo sabe. Bueno, yo...

¿CÓMO COJONES LO SABES?—continuó preguntando, con los ojos llenos de lágrimas, a punto de estallar en una lluvia por sus mejillas. Porque, señorita Reeves, yo soy la Muerte.

Esas cuatro palabras retumbaron en la cabeza de Emma durante un tiempo lo suficientemente largo como para formar aquel silencio tan sepulcral que hacía parecer aún más fuerte la lluvia. Su cara debía reflejar perfectamente su desconcierto, porque el hombre pareció tener que explicarse mejor para sacarla de su asombro.

Déjame que me explique...

No, no... ¡No! ¿Pero qué me estás contando? ¿Te parece gracioso o algo?—el estado emocional de Emma era, en ese momento, muy inestable. Estaba gritando— Vete de mi casa ya o llamo a la policía Pero...

¡Que te vayas, joder!

De nuevo le cerró la puerta en las narices. ¿Quién se había creído que era ese gilipollas? Ya le había jodido la noche. Solo había una forma de arreglarla: ver el ansiado episodio. Había, sin embargo, algo que la perturbaba, en el fondo de su ser. No sabía muy bien qué pero, fuera lo que fuera, la obligó a andar hacia la puerta en vez de hacia el sofá, como si tuviera gravedad propia. Una vez allí, volvió a abrir, esperando que aquel hombre se hubiese ido. No. Seguía allí, impasible.

Creo que... no eres un asesino— dijo la joven mientras abría, sonrojada—. ¡Pero tampoco me creo lo de la Muerte! Anda pasa, que te estás mojando. Seas quien seas... y explícate.

Muchas gracias señorita Reeves— el hombre asintió ligeramente con la cabeza.

¡Y no me llames señorita Reeves! Soy Emma.

Como usted deseé... Emma

¡De tu!— le exigió Emma mientras entraba en su casa.

El hombre la siguió, despacio. Sin fijarse en nada. Sus movimientos emanaban una seguridad que jamás antes había visto Emma en otra persona. Parecía andar de una manera automática, como si hubiera estado ahí mil veces. La joven le guio hasta el sofá, apartando la manta y haciéndole un gesto para que se sentase a su lado. El hombre obedeció, agradeciendo con otro gesto la amabilidad. Sin embargo, una vez sentado, no dijo nada. Solo esperó a que ella hablase.

Bueno... antes de nada que sepas que doy clases de aikido tres veces por semana. Si me hicieras algo sabría defenderme.

Entendido— respondió el hombre—. Puedes estar tranquila, no quiero

hacerte daño.

Bien, llegados a este punto... ¿quieres tomar algo?—preguntó Emma, tratando, sin saber por qué, de ser cordial con aquel desconocido—.

Tengo... Freeway y cerveza.

No, gracias.

La casa volvió a inundarse por el silencio. Emma no sabía que decirle a ese hombre y él no parecía que fuese a decir nada antes que ella. Así, el silencio se prolongó en el minuto más largo de la vida de Emma que, finalmente, dijo lo primero que se le vino a la cabeza solo para terminar con esa situación.

Entonces... ¿has venido a matarme?

No— el hombre nunca cambiaba su tono de voz—. Tú vas a morir por causas naturales. Te va a matar el cáncer.

Entonces, ¿qué haces aquí?

Verás, morir no es tan fácil. Cuando el cuerpo muere, de él surge una energía. Un alma errante en busca de una forma de escapar de este mundo. Yo soy el encargado de mostrarles la salida.

¿La salida a dónde? ¿Al cielo o algo así? Porque no he pisado una iglesia desde mi primera comunión.

Eso no lo sé, nunca he estado allí. Puede que sea el cielo. O puede que, simplemente, no haya nada.

Dios... esto es surrealista, tío. ¿De verdad esperas que me crea esto?

Lo cierto es que no. Generalmente nadie se lo cree. Pero, como a todos, te propongo un trato. Para llevarme tu alma me basta con darte la mano.

Así que, si soy la Muerte, funcionará; y si no, me iré y podrás seguir tranquilamente con tu vida. ¿Aceptas?

¿Acaso tengo elección?—el hombre extendió su mano, a lo que ella hizo un gesto para que parase—. ¡Espera! En el improbable caso de que estés diciendo la verdad, seguro que en el "más allá" no hay televisiones ni ordenadores ni nada por el estilo. Así que, si quieres llevarte mi alma, vas a tener que esperar.

Tranquila, tenemos toda la noche.

¿Te gusta Hannibal?— preguntó la joven, con una sonrisa cínica en su cara—. Estaba a punto de ver el final de la segunda temporada.

El silencio de los corderos me gustó bastante cuando la vi— fue el comentario que más sorprendió a la joven en toda la noche. Era una persona después de todo.

Digo la serie. De televisión, ya sabes.

Nunca la he visto.

Pues cuidado porque vienen spoilers.

Por fin, Emma pudo dale al botón para empezar a ver el episodio. La noche estaba siendo bastante más movida de lo que esperaba. Nunca le había costado ver tanto una serie de televisión desde el final de Perdidos, pero esa era otra historia. El capítulo era tan absorbente que Emma no dejó de mirar la pantalla en ningún momento, ni siquiera cuando recogió

la manta del suelo para taparse. También tapó las piernas a su misterioso inquilino pensando que podía tener frío, pero no se inmutó. Su mirada se dirigía a la pantalla, pero sus ojos no parecían estar viendo nada.

Cuando el episodio acabó, Emma apenas podía contener las lágrimas.

¿Ya está? ¡No puede acabar así, por el amor de Dios!— gritó la joven indignada a la televisión antes de girarse hacia el hombre—. ¡No puede acabar así!

En realidad sí. Lo ha hecho. Y ahora...

¡No! ¡Espera! Dame un año. En un año seguro que ha salido la tercera temporada y después puedes llevarme.

Eso no depende de mí, Emma. Estarás muerta por la mañana.

¡Joder! ¡Eres la puta Muerte, tío!— de pronto, sus ojos parecían a punto de estallar—. ¡Seguro que puedes hablar con alguien! No me quiero morir...

Creo que no entiendes muy bien que...

¡Cállate! ¡No me quiero morir! ¿Lo entiendes?— y estallaron en un ejército de lágrimas en retirada.

Entiende que si de mí dependiera...

¡Venga!— por un instante, el hombre pareció molesto por no poder terminar ninguna frase— ¡Dame la puta mano de una vez y acabamos con esto! Y más te vale que no sea una broma porque si no, créeme, la verdadera Muerte va a tener trabajo contigo.

Otra emoción instantánea. Sorpresa en esta ocasión. O, al menos, así se lo pareció a Emma.

¿Estás segura? La gente normalmente quiere... despedirse, declararse o algo en estos momentos.

Lo cierto es que no tengo nadie de quien despedirme.

Entonces... ¿vamos?— preguntó, con voz tierna, el hombre, tendiéndole la mano.

Vamos— respondió la joven, cerrando los ojos mientras entrelazaba sus dedos con los de aquel hombre.

Cuando Emma se liberó, al fin, de su coraza corpórea, se sintió... igual. Nada parecía haber cambiado. Y, en efecto, nada lo había hecho. Cuando Emma abrió su ojo derecho para observar que estaba pasando, solo vio a su invitado frente a ella, aún más pálido normal y con los ojos como platos. Al principio no entendió nada. Pero cuando se dio cuenta de lo que ocurría, sintió un calor subiendo por su cuerpo que, cuando llegó a su cabeza, estalló como una bomba atómica

¿ME ESTABAS MINTIENDO HIJO DE PUTA?— gritó la joven, aún con los ojos llorosos, mientras le propinaba un puñetazo en el lado izquierdo de la

cara.

El hombre recibió el golpe y cayó del sofá sin inmutarse. Parecía no estar sintiendo ni viendo nada. Tranquilamente, se levantó y se tocó delicadamente el pómulo en el que había sido golpeado. Después, miró a Emma a los ojos. Su mirada había cambiado. La nada absoluta se transformó en el miedo más profundo, pero solo durante un segundo. Al siguiente, sus ojos se volvieron amenazantes y seguros, como los de un soldado, acompañando su voz al decir:

¡Sígueme!

Sin dejar responder a Emma (y estaba a punto de hacerlo con otro puñetazo), hizo un gesto con la mano y tras él toda la habitación se iluminó. Un enorme túnel de luz blanca y amarilla iluminó toda la sala y dejó sin palabras a Emma. Le hacía sentir rara. Como cuando te despiertan los rayos de sol que entran por los huecos de las ventanas. No sabía definir si era una sensación agradable o no pero, enmudecida, siguió al hombre a través del túnel de luz. Parecía que sí iba a morir, finalmente.

Según avanzaron, la luz se fue desvaneciendo hasta mostrar, tras ella, un parque. Era un parque bastante triste, con apenas arena y un solo columpio. En él, había sentado un hombre, tan gris como el cielo. Su mano derecha, que colgaba casi inerte de su brazo, sujetaba un arma.

¿Quién es él?— preguntó Emma pensando que se trataba del portero del más allá.

Mi siguiente cliente. Se llama Juan, tiene treinta y seis años y acaba de descubrir que su mujer y sus dos hijas han muerto en un accidente de avión. Va a suicidarse.

Joder...— la joven se quedó sin palabras—. ¿Y qué hago yo aquí?

No puedo... llevarme tu alma, por algún motivo— explicó, con su habitual voz estéril, mientras caminaba hacia el hombre—. Creo que tu cuerpo ha dejado de ser válido, pero no ha llegado tu hora. Sin embargo, no puedo dejar tu alma vagando por ahí, así que vienes conmigo hasta que llegue el momento.

Pero... ¿eso es posible?

Hay un... precedente.

¿Qué pasó?

Nada— se apresuró a responder aquel hombre—. Murió definitivamente pocos días después.

Oh...— por algún motivo, Emma se sintió decepcionada.

Cuando estaban a pocos metros del hombre, este levantó la pistola y se la introdujo en la boca. Sin vacilar, apretó el gatillo y un sonido fuerte y seco acabó con su vida. Emma se llevó las manos a la boca, reprimiendo un grito. Nunca había visto a alguien morir. Su acompañante, sin embargo,

no dejó de andar hasta situarse frente al cadáver.

Buenos días, Juan. No tenemos mucho tiempo— Emma no podía creer lo que vio cuando, tras esas palabras, el cuerpo del hombre volvió a erguirse, con un agujero enorme en la cabeza.

¿He fallado?— fue lo primero que preguntó, decepcionado.

No, pero tu alma está a punto de desaparecer, por eso prefiero llegar antes de que muera el cuerpo.

Oh... entonces, ¿estoy muerto? ¿Eres la Muerte?

Sí.

Bien... ¿Y esa quién es?— preguntó señalando a la joven. Por un momento se sobresaltó, no pensaba que pudiera verla.

Una becaria.

¡Ja, ja, ja!— se rio enérgicamente—. Me alegra ver que tenéis sentido del humor en el más allá... Espera, ¿voy a ir al Infierno? No, no. No me lo digas, prefiero verlo por mí mismo.

¿Estás preparado?

Me he pegado un tiro en la boca, iclaro que estoy preparado!

Muy bien, pues dame la mano y todo habrá acabado.

Al igual que con ella, el hombre le tendió la mano. Juan no dudó y la cogió con la suya. El mismo túnel de luz que les había llevado allí apareció tras él y rápidamente lo fagocitó. Quizás ese hombre si era la Muerte.

Ante ellos reapareció el túnel de luz. Aunque a simple vista parecía igual, desde luego no era el mismo que se había llevado a Juan. La sensación no era ni parecida, el otro le hacía sentir como a punto de caer de un lugar muy alto. Al igual que el primero, este túnel fue desapareciendo para dar lugar a una sala de hospital con una sola camilla. Sobre ella había tendido un hombre muy mayor, conectado a un sinfín de máquinas. No le hizo falta preguntar lo que iba a pasar.

Tras compartir unas palabras con el anciano, le dio la mano y volvió a suceder lo mismo que con el otro hombre. Igualmente, apareció en túnel de luz de nuevo. Tras atravesarlo, Emma quedó aún más sorprendida. Ante ellos se mostró lo que parecía un enorme campo de batalla, yermo, muerto. Con cientos de cadáveres tendidos en él. Pero esos cadáveres no eran en absoluto humanos. Sus rostros eran alargados y carecían de nariz. Sus ojos se parecían a los de un gato y tenían unas largas orejas puntiagudas.

¿Estos tíos son... alienígenas?— preguntó la joven, sin poder apartar sus ojos de ellos.

Claro, ¿de verdad creías que solo había humanos en el Universo?

Bueno, no, pero... Tú pareces humano. ¿Por qué La Muerte parece humana? ¿Eso no es racista o algo?

Lo cierto es que, pese a que existen más especies, los humanos siempre han sido la más numerosa del Universo con diferencia. Sobre todo tras la

expansión del Imperio. Estadísticamente, no es tan raro que sea un humano.

Bueno, pensado así...—se conformó Emma, hasta darse cuenta de algo—. ¡Espera! ¿Estás diciendo que eres humano? O lo eras... — sin embargo, la Muerte no respondió y se dirigió a los cadáveres—. ¡Eh! ¡No te escaquees! ¡Responde!

Tranquilamente, el hombre fue hablando con todos los muertos, uno a uno y llevándoles a donde sea que fueran. Emma, mientras, solo miraba. Se sorprendió a sí misma no sintiendo ningún tipo de lástima por tantos muertos. Demasiadas emociones para un solo día.

Tras un buen rato, la Muerte dejó su tarea y se dirigió a Emma, que paseaba ensimismada tras él.

Tú podrías echar una mano ¿no? Vamos, digo yo.

¿Eh? ¿Qué puedo hacer yo?

Pues lo mismo que yo. Tu empieza por ahí, yo seguiré por aquí

Pero...— replicó la joven, confusa— ino sé cómo hacerlo!

Te acercas, les hablas, les das la mano. Es sencillo— y se giró para seguir con su trabajo.

Emma hizo lo propio y buscó el cadáver más cercano a ella. Se trataba de un hombre (¿o una mujer?) sin piernas y una maraña seca de tripas de color azul bajo él. Posiblemente le había estallado algún tipo de mina explosiva. A Emma no le importaba mucho, lo cierto es que le daba un poco de asco, así que trató de no mirarlo. Aunque el olor no podía ignorarlo. Cuando el cadáver despertó, debió ver su gesto de grima.

¿Qué eres tú?— fue lo primero que preguntó el alienígena. Emma se preguntó porque hablaba español, pero decidió dejarlo para otra ocasión—. ¿Hemos ganado?

Esto...— la joven estaba muy nerviosa, no sabía que decir—. Mira tío, estás muerto. He venido a llevarte tu alma para que no quede vagando por ahí. Tienes que darme la mano y...

Paró de hablar al darse cuenta del rostro de puro terror del alienígena. Parecía haber perdido color y, desde luego, no tenía ninguna intención de darle la mano.

No te asustes. Es algo natural, todos morimos tarde o temprano. Yo me estoy muriendo también, aunque no lo parezca— el extraterrestre no cambió su expresión. Emma se preguntó si realmente esa era la expresión del miedo y no de otra cosa en esa especie. Aun así, siguió insistiendo—. Mmmm... mira tío, morir se no está nada mal porque... cuando me llevo tu alma, vas a un lugar precioso donde tienes... itodo lo que quieras, sí! ¿De verdad?—preguntó, extrañado, el alienígena—. ¿El Nostrux, del que habla la religión no es real?

Esto... ¡no! De ninguna manera, todo estará bien cuando vengas conmigo. Solo dame la mano...

¡No!— hizo un gesto para apartarle la mano—. ¡Solo son engaños! ¡Eres una flarna, puta! ¡Aléjate de mí!

No espera...— empezó a decir Emma, pero cuando quiso reaccionar, el alienígena se fue levitando con sus tripas al aire.

Se quedó de pie en silencio, mirando en la dirección en la que había huido su primer trabajo. No sabía qué hacer y no se atrevía a decirle a la Muerte que se había escapado. Pero él ya se había dado cuenta.

No... solo tenías que decírselo delicadamente. Y no mentirle, a ser posible— sus palabras tenían un misterioso tono de burla, que no le hizo sentirse mejor.

Lo siento, yo...

No te preocupes... mira y aprende.

Caminó hacia uno de los cadáveres cercanos y le despertó. Sin arrodillarse, le extendió la mano y, con voz autoritaria, le dijo:

Soy El Nostrux, ven conmigo.

Sin dudarlo, el alienígena le cogió la mano y desapareció en el ya familiar haz de luz. Emma se sorprendió de la facilidad con que lo había hecho, pero...

¡Has mentido! Tú no eres el Nostrux, eres la Muerte.

Muerte y Nostrux son algunos de los nombres que yo recibo. Esta especie, llamada Shak-Ro, por cierto, creen que el más allá es un eterno campo de batalla al que serán llevados por el Nostrux. Puesto que no le he dicho nada sobre lo que hay después, no le he mentado.

¡Claro! Si me hubieras contado eso antes...

Quería ponerte a prueba.

¿Por qué?

Bueno, si vas a venir conmigo, creo que deberíamos pasárnoslo bien.

Pero... ¡he perdido un alma por eso!

No pasa nada por una sola. Tú trata de no perder más.

¡Ese tío era una persona! O... bueno, algo. El caso es que tenía sentimientos, seguro. Y ahora va a ser un espíritu errante por el resto de la eternidad.

Emma, no sé a dónde van las almas que recojo. Igual las estoy enviando al sufrimiento eterno o la más profunda nada. Esto es solo... otra opción.

No me gusta eso, me da muy mal rollo.

Pues no pierdas más almas, venga. Vamos a terminar aquí.

Emma dudó al repetir las palabras de la Muerte al primer alienígena y este también dudó. Sin embargo, aceptó la verdad y le tomó la mano. La joven sintió un cosquilleo muy agradable por todo el cuerpo mientras el ser

desaparecía en el haz de luz. Sintió lo mismo en las siguientes operaciones, todas similares. Poco a poco, fue ganando confianza hasta que sonó tan convincente como la propia Muerte. Antes de que hubiera acabado el primer día, habían acabado con todos. Emma se sentía con más energía que nunca y a la Muerte eso parecía gustarle. En seguida apareció el haz de luz y lo atravesaron.

Oye, Muerte— Emma llevaba un rato planteándose una duda y decidió hacerlo antes de llegar a su siguiente destino—. ¿Qué haces cuándo te encuentras a alguien sin manos? ¿Cómo te lo llevas?

Bueno...— el hombre sonrió y soltó algo parecido a una carcajada—. Lo de la mano es una formalidad que yo pongo, en realidad basta con que me toquen.

Entonces... ¿no puedes tocar a nadie a no ser que quieras... llevártelo?

No. No puedo tocar a nadie que no haya Muerto, Emma. Soy etéreo.

Oh... claro...

Ninguno dijo nada más. Emma pensó en que debía ser duro para él. ¿Cuánto tiempo llevaría siendo la Muerte? Nunca había tenido nadie con quien hablar ni un amigo. Excepto ese “precedente”. Normal que fuera tan serio.

Llegaron a una calle de chalets con jardín. Muy americano todo. En la calzada había un coche parado, varias ambulancias y un corro de personas. Calle abajo rodaba un balón. A Emma se le paró el corazón. Cuando se acercaron, en el centro del corro encontraron a un niño pequeño, tendido en el suelo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Se llamaba Michael, tenía cinco años, le gustaba el fútbol y el coche que le ha atropellado iba conducido por su padrastro— aclaró la Muerte.

¿Cómo lo sabes?

Me lo ha dicho el túnel. Me da la información de los siguientes muertos antes de llegar. ¿No querías datos? Ahí los tienes.

¿Qué? ¿Tengo que hacerlo yo? No, no, no, por favor...

¿Por qué no?

Es un niño, tiene toda la vida por delante.

La tenía... Emma, la Muerte no puede decidir a quién llevarse y a quién no.

¡Pero yo no soy la Muerte!

La respuesta tardó unos segundos en llegar. El hombre parecía estar pensando algo.

Yo no lo voy a hacer. Si no le guías tú, perderás su alma otra vez.

Eres... ¡eres un cabrón!

Puede...

Emma decidió no hablarle más. No estaba de humor para ello. Con un nudo en el estómago, se acercó hacia el niño y le despertó.

¡Ha sido guay!— exclamó el pequeño nada más despertar—. ¡He volado como tres metros! ¡Quiero hacerlo otra vez!

Michael— la joven apenas podía contener las lágrimas. Estaba a punto de vomitar—. Ven conmigo, tengo que contarte una cosa.

¿Quién eres?

Soy... una amiga. Ven, de verdad.

Bueno, vale. Pero volvemos antes de que se enfade mi mamá.

Claro— pese a que el niño le tendió la mano, ella no se la cogió. A cambio, le hizo un gesto para que caminara a su lado—. Veras... ese salto que has dado... ¡ha sido la hos... la leche! Tanto que... ¡has ganado un premio!

Tienes un pase especial para ir al sitio más guay del mundo.

¿Y podré dar más saltos cómo este?

¿Quién sabe? ¡Seguramente! Ni yo sé lo que hay allí, nunca he dado un salto así. Es un lugar para gente realmente molona.

¡Geniaaaaal!— saltó de alegría Michael—. Pero... no sé si mi mamá me dejará.

¡Te deja! Ya le hemos pedido permiso.

¡Bien! ¿Y ella cuándo viene? No quiero ir sin mi mamá.

Muy pronto. Tu tranquilo. Para ir solo tienes que darme un abrazo.

¡Vale!

Mientras el niño la enroscaba con sus brazos, ella empezó a llorar desconsoladamente. Ni siquiera el cosquilleo que sintió cuando el pequeño se fue la consoló. Cabizbaja caminó hasta la Muerte y se quedó allí de pie, sin mirarle si quiera a los ojos. No dijo nada hasta que apareció el túnel de luz.

Mira tío...

Lo siento— la interrumpió el hombre, para su sorpresa—. Era demasiado pronto para exponerte a algo así. No quiero que estés estos días esperando tu muerte sin más. Pensaba que si me ayudabas te entretendrías y no dedicarías mucho tiempo a eso...

¡Matar niños no es un buen entretenimiento!— gritó, sin saber muy bien lo que sentía.

Si, tienes razón. Verás... llevo bastante tiempo sin mantener una relación con una persona, puede que esté algo... oxidado— Emma sintió que le había leído la mente hacía un rato—. Dame otra oportunidad, prometo que no volveré a pedirte algo para lo que no estés preparada.

Creo que nunca estaré preparada para matar niños.

¿Lo ves? Aun no has entendido bien cómo funciona esto. Es pronto, todavía, ya lo comprenderás.

Creo que has olvidado que voy a morir en cinco días.

Es verdad— parecía haberlo olvidado realmente—, aunque cinco días en el plano astral cunden mucho. De todas formas... vamos a aprovecharlos

¿no?

Emma le miró incrédula durante un momento antes de responder, riendo:

¡De acuerdo!

Al siguiente lugar al que llegaron fue para buscar a un perro que había muerto de cáncer a los dieciocho años. Había tenido una vida plena y feliz y aceptó de buen grado ir con ellos. Emma se lo pasó realmente bien el poco rato que estuvo con él y descubrió que también entendía el idioma de los perros. Más tarde, también descubriría que entendía a todo tipo de animales y seres; y que los perros siempre aceptan irse de buen grado, haya sido como haya sido su vida. Los gatos no.

La siguiente fue una secretaría asesinada por un empresario loco y los siguientes los padres del pequeño Michael. Su madre había asesinado a su marido, incapaz de perdonar lo que había hecho y después se había suicidado. Emma se sintió mal por sentirse bien: al final le había dicho la verdad al niño.

Un anciano abandonado, una joven maltratada, un adolescente suicidado, atropellos, más alienígenas y muchísimos insectos. Cientos de muertos fueron desfilando ante ella, cada uno con una historia distinta. Cada vez que atravesaban el túnel, Emma se sorprendía fantaseando sobre su siguiente parada. Siempre se sorprendía al llegar.

De esta forma, parada tras parada; muerto tras muerto, pasaron los cinco días. Y antes de que se diera cuenta se habían convertido en diez. Los días pasaron a ser semanas y meses y estos fueron años. Al principio, Emma se preguntaba cuando llegaría su final, pero con el tiempo dejó de hacerlo y se dedicó a sentir. Y lo sintió todo. Viajó a todos los rincones habitados del Universo y vio toda clase de cosas. Junto a la Muerte, descubrió el miedo y el dolor, pero también la belleza, el amor y el placer. Vio las auroras solares del sistema Candor, al sur del Universo; asistió a los funerales píricos de Frielan y observó el alzamiento del imperio de los hombres. Personas cayendo en el más profundo infierno o convertidas en dioses desfilaban con frecuencia ante ella, iguales ante la Parca. Dictadores y libertadores eran llevados de la misma forma al más allá, como niños.

Cuando los siglos se convirtieron en milenios, Emma era otro ser. A simple vista seguía siendo aquella joven bajita, de caderas anchas y pelo corto. Pero ya no era una persona. Y desde luego, no era joven. Era la heraldo de la Muerte. Canciones y leyendas se escribieron sobre ella a lo largo de la historia de un Universo que estaba llegando, poco a poco, a su fin. En una sala aséptica, flotando solitaria por el espacio, se encontraba el último hombre. El último ser vivo. No se parecía a los humanos de la época de Emma, pero era su último descendiente. Fue el último lugar al que les

llevo el túnel.

Buenos días, Americh Danius Andere Natiro— saludó Emma. Ya no había ni una pizca de duda o inseguridad en sus palabras. Hacía siglos que las había perdido—. El viaje ha llegado a su fin.

La Muerte y su heraldo. Ya era hora, la verdad es que me estaba empezando a aburrir. ¿Y mi premio?

Me temo que no hay ningún premio para usted, señor Americh— respondió la Muerte.

Oh, vaya...— entristeció el último hombre justo antes de mostrar una sonrisa— ¡Era broma! ¡Ja, ja! Menudos siesos... ¿Veis? Así me gusta, sonrisas, aunque sean leves, ¡que no es el fin del mundo! Bueno... sí que lo es. Ya me callo. ¿Cómo se hace esto?

Solo tienes que darme la mano— explicó la Muerte. Normalmente delegaba en Emma, pero este era el último humano, tenía que haber cierta ceremonia.

De acuerdo— y le tendió la mano él a la Muerte—. Aunque quiero que las siguientes se registren como mis últimas palabras: “Me enfadaré mucho si nadie viene a mi funeral”.

Perfecto— la Muerte le cogió la mano y desapareció en un haz de luz. Y después, silencio. El más sepulcral silencio.

¿Y ahora qué?— acabó con él Emma—. Nos quedamos aquí hasta el fin del mundo y...

No, Emma.... Tú te quedas aquí hasta el fin del mundo

La heraldo cerró los ojos e inspiró lentamente. Hacía tiempo que lo sospechaba. Demasiadas cosas indicaban a ello, pero tenía la esperanza de que solo fuese fruto de la casualidad. Todo este tiempo. Su cara cuando no murió, la mentira sobre su tiempo de vida y todas las almas que había arrebatado. Aquel niño... La estaba enseñando. La estaba entrenando para ser la Muerte cuando él no estuviese. Porque ella era la Muerte de la Muerte. Alguien tenía que eliminar a un ser astral tan poderoso. Autodefensa del Universo. Pero no... no quería hacerlo.

Tú eras el precedente, ¿verdad?

Por supuesto

¿Tiene que ser ahora?— preguntó, sintiendo un peso en el pecho que hacía milenios que no sentía.

No, claro que no. Podemos esperar, como aquella vez, ¿te acuerdas?

Cuando me pediste ver aquella serie tan aburrida...

Dios, queda tan lejos eso... no sé cómo lo recuerdo.

Se trata de la memoria astral, que...

Cállate— le imperó, con los ojos llenos de lágrimas y dándole un empujón y tirándole al suelo.

De acuerdo, ¿hasta cuándo quieres esperar?

Todo lo posible— despacio, se sentó en el suelo, y se recostó sobre él.

Sin decir ninguna otra palabra, la Muerte abrazó a su heraldo y se quedaron allí, quietos, durante décadas. No tenían nada que decirse, pero no importaba. No necesitaron decirse nunca nada hasta el final, cuando el tiempo y el espacio empezaron a chocar.

Es la hora— le susurró con cariño la Muerte mientras se levantaba—. Tienes que hacerlo ya.

Bien— todos estos años le habían permitido tranquilizarse, pero no dejó de sentir aquel pesar—, ¿estás preparado?

Sabes que sí.

Pues solo debes hacer una cosa: bésame y te llevaré al otro lado.

La Muerte sonrió ante su petición. Ella no, solo alzó una ceja, desafiante.

Si te soy sincero, tengo mucha curiosidad por saber lo que hay al otro lado.

¿Y a qué esperas para descubrirlo?— le guiñó un ojo, entre risas, aunque estaba a punto de llorar.

A nada— fue lo último que dijo antes sujetarla de la barbilla y darle el beso más torpe, dulce y triste de la historia del Universo. Antes de que ninguno hubiera abierto los ojos, desapareció.

Ya me contarás como son las cosas cuando llegue yo— le dijo la joven a nadie, sin contener ya sus lágrimas.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacía atrás mientras escuchaba las implosiones temporales, la reducción espacial y el Universo llegaba a su fin. Cuando los abrió, no vio nada. Un segundo después, escuchó otra explosión.

Todo volvía a empezar.